

VASCO. Señor, no más de querer.
 REY. Con los Algarves se alzó Héctor, aunque no el troyano, y fuera afrentar mi mano ir á castigarle yo. Que por lo que es mi disgusto, vive Dios, que luego fuera y que en persona le diera mil muertes.
 VASCO. No fuera justo; que vos no habéis de salir, ni entre los reyes es ley, no aviendo Rey contra Rey; pero es quererme decir que tome las armas yo, que soy vuestro general y me toca empresa igual.
 REY. No, Vasco amigo, eso no, que estáis muy recién casado.
 VASCO. Afréntome, por Dios vivo; que aunque mi amor excesivo me diera mayor cuidado, en siendo servicio vuestro, ninguno puede igualar con mi honor ese lugar.
 REY. Quede Vasco, á cargo nuestro castigar ese tirano; gozad vuestra esposa vos.
 VASCO. No digáis eso por Dios, sino dadme vuestra mano, que esto quiere brevedad.
 REY. No sé, don Vasco, qué os diga; la confianza me obliga.
 VASCO. Vos sabéis mi voluntad.
 REY. Conde, siendo vuestro gusto, partid.
 VASCO. Mil veces, señor, os beso los pies.
 (Vanse el Rey y Tristán.)

ESCENA IV

DON VASCO y TELLO.

TELLO. Valor has mostrado.
 VASCO. ¿Y no era justo?
 TELLO. No deja de ser por eso valor.
 VASCO. Y es valor de suerte que no me diera la muerte disgusto con más exceso. ¡Ay, Tello! no sé si amor es sólo el que me atormenta, sino otro amor, que es afrenta del amor y del honor. Hicieron, Tello, los cielos dos amores: al mayor llaman comunmente amor, y al segundo llaman celos.
 TELLO. Cuando niño me contaba mi madre, que quiso hacer hombres el diablo por ver si los del cielo imitaba, y que le salieron monas,

con que temor me ponía todas las veces que via querer imitar personas. Y así dijeras mejor, por la envidia y sus desvelos, que no son amor los celos, sino monas del amor.

VASCO. He visto hablar con Elena á Roberto en gran secreto. Pues ¿qué importa?
 TELLO. Te prometo que me ha dado mucha pena. Ando con estos desvelos de mi amor y de mi honor, que no hay tormento mayor que callar teniendo celos. Pues di, ¿qué será de mí si me ausento?

TELLO. Loco estás; mas la disculpa que das valga, aunque no para mí. Elena quiere á Roberto y él la debe de querer. Puede ser.

TELLO. Si puede ser, que es gran locura te advierto pensar que pueda llegar el mayor atrevimiento con sombra, ni pensamiento á tan divino lugar. Que la Condesa, ya es claro que es quien es.
 VASCO. Quédate aquí, que al Rey escucharnos ví; porque ya sólo reparo en que él ha de ser servido, si cuesta vida y honor.
 (Vase Vasco y sale el Rey.)

ESCENA V

EL REY y TELLO.

REY. ¿Fuese el Conde?
 TELLO. Sí, señor.
 REY. Parece que está ofendido de unos necios pensamientos; no me encubras nada á mí.
 TELLO. ¿Quién podrá negarte á ti los más graves sentimientos, si no ofendes la lealtad del Conde, siendo tú el Rey, pues no hay lealtad de más ley que tratar al Rey verdad? El Conde lleva temor en esta ausencia.
 REY. ¿De qué?
 TELLO. Tiene amor.
 REY. Pienso que fué del amor hijo el temor. Mas viene á ser desconcierto si es de Blanca.
 TELLO. No, señor.
 REY. ¿Pues de quién tiene temor?
 TELLO. Deste príncipe Roberto; que desde que se casó

ha dado en solicitar á Blanca.
 REY. ¿Tiene lugar?
 TELLO. Doña Elena se le dió en algunas ocasiones.
 REY. ¿Pues cómo pasa por eso el Conde?
 TELLO. Perdiendo el seso y malogrando razones que Elena entender no quiere, y pienso que hubiera muerto, á no ser por ti, á Roberto: de que su lealtad se infiere, pues, por no darte disgusto, pasa por su atrevimiento. Que vaya á la guerra siento. Servirte, señor, es justo.
 REY. Llámale.
 TELLO. Ya vuelve aquí.
 (Sale Vasco.)

ESCENA VI

DICHOS y DON VASCO.

REY. Conde, yo no me acordaba que aquí el Condestable estaba, cuando esta jornada os di. Descansad recién casado.
 VASCO. Vuelva vuestra alteza acá, que ni el Condestable irá, ni otro, aunque mayor soldado, de cuantos os sirven hoy; ni merecen esta afrenta mis servicios.
 REY. Ni lo intenta ninguno, á fe de quien soy. Sino que lástima tengo á Blanca.
 VASCO. No hay Blanca aquí, sino vos sólo.
 REY. Es así.
 VASCO. Pues ya, señor, me prevengo.
 REY. Id en buen hora. (Vase el Rey.)

ESCENA VII

DON VASCO y TELLO.

VASCO. ¡Villano! ¿mis celos dijiste al Rey, contra la lealtad y ley que me debes?
 TELLO. Ten la mano.
 VASCO. ¡Vive Dios que has de morir!
 (Sale el Rey.)

ESCENA VIII

DICHOS y EL REY.

REY. ¿Qué es esto, Vasco: estáis loco?
 VASCO. A ser loco me provocho, por deseos de servir á vuestra alteza, señor.

REY. Partid, que en vuestro lugar vuestro honor sabré guardar, pues vos miráis por mi honor.
 VASCO. Vuelvo á besar vuestros pies.
 (Vase el Rey.)

ESCENA IX

DON VASCO y TELLO.

VASCO. ¿Estás contento?
 TELLO. Y tú debes estarlo ya, pues te atreves, si un Rey tu defensa es.
 VASCO. Muerto voy.
 TELLO. Saben los cielos que con lealtad te he servido.
 VASCO. ¡Ah, Blanca! mucho he perdido en que sepa el Rey mis celos.
 (Vanse y salen Blanca y Elena.)

ESCENA X

BLANCA y ELENA

BLANCA. Aunque sé que tiene amor temas de loco y porfías, que ni las vencen los días ni las divierte el calor, no puedo con el temor del Conde dejar, Elena, de referirte la pena que á darme por punto vienes, con el que á Roberto tienes ya causa propia y no agena. No me ha dicho nada el Conde con saber ya que lo siente; porque es hombre tan prudente que sus secretos esconde, de sí mismo, y no responde á propósito, si intento entender su pensamiento; que el hombre, Elena, que es sabio, hasta saber el agravio nunca declara el intento. Si he de aventurar por ti, Elena, el amor del Conde, vete, prima, y vive donde no me trate el Conde así. Tu casa tienes aquí pared en medio, con puerta á la mía, aunque encubierta; sin que lo llegue á entender me puedes ver, y tener toda la del alma abierta. Al fin me apartas airada, sólo por la fantasía, de tu casa, y en la mía quieres que viva apartada. A no vivir confiada de tu amor y de quien eres, pensara, Blanca, que quieres darme á entender que no es bien que á los requiebros estén presentes otras mujeres. Cuando el Conde haya entendido mi pensamiento amoroso,

¿cómo puede estar celoso de lo que no le ha ofendido? Yo pienso que tú has tenido celos de mí, que es lo cierto, que él no, pues quiere á Roberto, imaginando de mí que de verte amar á ti tengo yo amor encubierto. Cuando está hablando contigo dirás que me está mirando y que estoy imaginando que quisiera hablar conmigo; amor no quiere testigo, que busca las soledades, para tratar sus verdades, porque son los gustos menos cuando los ojos ajenos enfrenan las voluntades. Desenfádate con él, que no estoy tan advertida que á tus requiebros les pida imaginaciones dél. Amo á Roberto, y por él estoy tan fuera de mí, que no vendré más aquí porque no ofendas mi amor; que quien ama su valor no puede enviarte á ti. Esa puerta de mi casa que pasa, Blanca, á la tuya, pues no es del alma, y la suya á la que le dí no pasa, es visita muy escasa; no la abriré, ni vendré á verte, porque yo sé que es necia la voluntad que prosigue el amistad adonde falta la fe.

(Vase Elena y salen D. Vasco, el Condestable y Tello.)

ESCENA XI

D. VASCO, el CONDESTABLE, TELLO y BLANCA, retirada.

VASCO. Con esta priesa me envía, aunque, sabiendo mi pena, me quiso quitar el cargo.
 CONDEST. Sobrino, en ofensa fuera de vuestro valor y el mío; servid, que los reyes premian obras y no voluntades, que aunque en todo se parezcan á Dios, sólo en esto no.
 VASCO. Así es razón que lo entienda.
 CONDEST. En su modo hacen los reyes, como dicen, de la tierra hombres, que si no los crían con su favor los sustentan. Los reyes hacen justicia, castigan, honran, enmiendan, perdonan, juzgan, defienden con las armas y las letras. Lo que no pueden hacer, que sólo á Dios se reserva, es conocer voluntades fingidas ó verdaderas,

y así es menester servir para que las obras puedan, porque en llegando á intenciones no juzgan los hombres dellas.
 VASCO. Aquí está Blanca, señor, decilde, por vida vuestra, mi partida, porque yo soy cobarde.

CONDEST. Si lo fueras no fueras adonde vas.— Sobrina...

BLANCA. Señor.
 CONDEST. Las nuevas dicen que han de ser sangrías á pausas, porque es prudencia no sacar toda la sangre de un golpe.

BLANCA. La de mis venas se helara á no ver al Conde; con él, lo que fuere sea.
 CONDEST. El Conde va á los Algarves: breves son, si no son buenas. Héctor Fernández se alzó con ellos, no es esto guerra sino castigo; y en fin, cuando lo sea, paciencia: que es bien, si el conde es Aquiles que Héctor á sus manos muera.

BLANCA. Cuanto es el honor del Conde no es justo que me enternezca; quisiera no ser mujer, como su mujer no fuera, porque llevara á su lado valor y amor en defensa. Agravio me hiciste, tío, en prevenir tan de veras las lágrimas de mis ojos, aunque estoy de amor enferma; antes por esa merced beso los pies á su alteza, porque esperando victorias sabré yo templar mis penas. (Vase.)

ESCENA XII

D. VASCO, el CONDESTABLE y TELLO.

CONDEST. ¿Qué dices?
 VASCO. Que estoy sin mí.
 CONDEST. ¡Bravo valor!
 VASCO. Más quisiera menos valor y más llanto.
 CONDEST. Yo os aseguro que tenga más agua este claro sol que ha menester vuestra ausencia. ¿No veis que iban ya las niñas de aquellos ojos tan tiernas que hacían pucheros, Conde, y deteniéndose en ellas las lágrimas, como el agua queda en el hielo suspensa? Yo la voy á consolar. (Vase.)

ESCENA XIII

DON VASCO y TELLO.

VASCO. Tello.
 TELLO. Señor.
 VASCO. No aprovechan engaños en tanto mal.
 TELLO. ¿Engaños, de qué manera?
 VASCO. No viste partir de aquí sin lágrimas la Condesa?
 TELLO. Sí, señor, mas yo te juro que no esté agora sin ellas.
 VASCO. ¿Ha respondido mujer de tal suerte en tal ausencia?— «Cuanto es el honor del Conde no es justo que me entristezca, quisiera no ser mujer como su mujer no fuera, porque llevara á su lado valor y amor en defensa. Agravio me hiciste, tío, en prevenir tan de veras las lágrimas de mis ojos, aunque estoy de amor enferma.»
 TELLO. Lindamente lo tomaste de memoria.
 VASCO. Las ofensas no hablan, sino trasladan al ofendido las penas. «Antes por esa merced beso los pies de su alteza,» ¿había de decir Blanca?
 TELLO. Amas, temes y recelas; tres disculpas que te culpan, conocida la firmeza de mi señora en amarte.
 VASCO. ¿Qué hará después de mi ausencia? (Sale Beatriz.)

ESCENA XIV

DICHOS y BEATRIZ.

BEATRIZ. ¿Está aquí el Conde?
 TELLO. Aquí está.
 BEATRIZ. Señor, mi señora queda en brazos del Condestable...
 VASCO. ¿Qué te turbas?
 BEATRIZ. Medio muerta.
 VASCO. ¿De qué?
 BEATRIZ. ¿De qué me preguntas cuando te vas?
 VASCO. Voy á verla; que la quiero desmayada, y medio muerta me alegra. (Vase.)

ESCENA XV

TELLO y BEATRIZ.

TELLO. La diosa Venus, Beatriz, para las bodas y fiestas de amor, dicen que las randas inventó la vez primera, juntando de majaderos mil docenas para hacerlas.

Sobre un tafetán azul unos con otros enreda, mas faltándole á Cupido tal vez, para el arco flechas, los majaderos tiraba á cual yerra, á cual acierta. Mas ni los que necios aman ó que guardan mal su hacienda, ni los que hijos de otros que los engendraron piensan, igualan á nuestro Conde: que quien tiene mujer buena, si con sus celos la infama merece que no lo sea.
 BEATRIZ. Ya cesará la ocasión, que se ha retirado Elena á su casa, y concertaron, que pues hay en medio puerta, la visite ausente el Conde. Y pues ya los celos cesan, dime qué Algarves son estos, ó qué guerra á que te llevan mis desdichas. (Llora.)

TELLO. No eres tú del valor de la Condesa.
 BEATRIZ. ¿No he de llorar si te matan?
 TELLO. No hayas miedo que tal sea; que como está concertado el casarnos á la vuelta, para tal desdicha mía querrá Dios que vida tenga. (Vase.)

ESCENA XVI

Salen ROBERTO y OTAVIO.

ROBERTO.

Hasta agora tenía mi esperanza, Otavio, puesta en duda.

OTAVIO.

Todo el tiempo lo muda, la porfía en amor todo lo alcanza; pero estoy admirado de tu empresa por la fama y virtud de la Condesa.

ROBERTO.

Yo nunca hablé con Blanca en mis amores; Elena sólo ha sido de quien he recibido tan altas esperanzas y favores; Elena, prima suya, de quien fía Blanca su amor, rendida á mi porfía.

OTAVIO.

En Elena no puede haber engaño, por interés ninguno.

ROBERTO.

Ni yo le he dado alguno que me pueda servir de desengaño; todo nace de Blanca agradecida: tan mal resiste una mujer querida.

OTAVIO.

El irse ahora el Conde es tu remedio.

ROBERTO.

Ese tengo seguro;
porque en habiendo, Otavio, tierra en medio,
pocas mujeres suelen ser constantes
que hay muchos vidrios para dos diamantes.

ESCENA XVII

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. Como me mandaste fuí
á ver si el Conde partía,
y llegué cuando salía.

ROBERTO. ¿Viste á Blanca?

CRIADO. A Blanca vi.

Porque puesta en el balcón
á manera de la aurora,
perla con las rosas llora;
que sus mejillas lo son.

ROBERTO. ¡Qué! ¿lloraba?

CRIADO.

O lo fingía,
mas no me quise admirar,
si las pensaba enjugar
con saber que el sol salía.
Don Vasco de Acuña, en fin,
salió tan bién adornado
de plumas, como esmaltado
se mira en Mayo jardín.
No ha quedado caballero
que no le acompañe, y todos
galanes, por varios modos,
hasta el más pobre escudero.
Entróse Blanca en partiendo;
que si ella allí se quedara,
ninguna cosa faltara
del jardín que estoy diciendo.
Luego de un balcón, que estaba
junto al suyo me llamó
Elena, y este me dió. *(Dale un papel.)*

ROBERTO. Tu relación, necio, acaba,
si aqueste papel traías.

CRIADO. Quise contarte el suceso.

OTAVIO. ¿Qué amante escucha con seso?

ROBERTO. Animo, esperanzas mías.

(Lee Roberto.) «El Conde se parte esta
noche, el campo queda seguro: á las
once os aguardo, que la casa se reco-
gerá temprano y Elena se fué á la
suya.»

CRIADO. ¿No lees más?

ROBERTO. ¿Para qué?

Lo demás es que me guarde
Dios: ¡ay si fuera más tarde!

OTAVIO. Ya, Roberto, el sol se fué:
vete á entretener un rato.

ROBERTO. ¿Adónde, cómo, ó con quién?

pues fuera ser de tal bien
á tanta esperanza ingrato.
Noche, que á tantos has dado
tantos contentos y gustos,
como penas y disgustos
por tus tinieblas causado;
noche, á quien llamaron fría,
siendo á mi esperanza fuego,
ven esta vez á mi ruego
y nunca amanezca el día.

(Vanse y salen Elena y Constanza.)

ESCENA XVIII

ELENA y CONSTANZA.

ELENA. Este papel escribí.

CONSTAN. ¡Temerario atrevimiento!

ELENA. Perderme ó ganarme siento,

aunque estoy fuera de mí.

Yo pasaré por la puerta

á su casa, y si me ven,

sabré disculparme bien,

pues la Condesa concierta

que nos veamos así;

si no me ven, abriré

y segura miraré

si está mi Roberto allí:

lo demás haga el amor

y ayúdeme la fortuna.

CONSTAN. No he visto mujer ninguna

de más resuelto furor.

¿No ves que han de conocerte?

¿no ves que puede infamarte?

¿no ves que el Conde ha de darte

con justa causa la muerte?

¿A mí conocerme?

ELENA. Y luego.

CONSTAN. No hará, que en tal ocasión,

las riendas de la razón

lleva el apetito ciego.

Y cuando sea conocida,

¿cuál hombre querrá perder

la ocasión de una mujer

entre sus brazos rendida?

No se funda en desatino,

como piensas, este amor:

yo lo he pensado mejor,

que ha mucho que lo imagino.

Yo le contaré después

á Blanca todo el suceso,

ella al Conde, pues por eso

celoso y triste le ves;

el Conde al Rey, satisfecho

de Blanca, el Rey enojado

á Roberto, que culpado,

no ha de negar lo que ha hecho.

Será el remedio casarme,

y si el de Polonia queda

sin hijos, Roberto hereda,

y nadie puede quitarme

el ser de Polonia reina.

CONSTAN. Ahora veo que amor

es un ardiente furor

que en las voluntades reina.

¿Por qué notables caminos

de grado en grado te has hecho,

reina!

ELENA. Amor me abrasa el pecho;

suyos son mis desatinos.

Ya es tarde.

CONSTAN. ¡Extraña porfía!

Vaya vuestra majestad.

ELENA. Constanza, en siendo verdad,

te has de llamar señoría.

(Vanse y sale el Condestable con espada y rodela.)

ESCENA XIX

El CONDESTABLE.

En las palabras que oí
á don Vasco en la partida,
sospechas de su ofendida
honra y valor conocí;
no porque yo presumí
de mi sobrina temor,
que conozco bien su honor,
más porque ocasión le ha dado
algún atrevido honrado,
y porque es cobarde amor.
Los celos pintaba un día
Apeles, sabio pintor,
en forma de aquel pastor
que con cien ojos veía;
no sé yo si en la edad mía
vendrá bien este cuidado;
más yo estoy determinado
de guardar aquestas puertas,
no porque han de ser abiertas
más por haberlas guardado.
Es loca la juventud,
y aunque no tenga favor
suele con sólo el amor
dar al honor inquietud;
no es creída la virtud,
y así el honor desconciertan,
que porque todos lo adviertan,
quando á dormir se retiran,
con pólvora sola tiran
y la vecindad despiertan.

ESCENA XX

Dicho, y salen el REY DON PEDRO y TRISTÁN DE SILVA,
con broqueles.

REY. Dame ese broquel y vete.

TRISTÁN. Pienso que hay gente en la calle.

REY. Ya te he dicho que te vayas.

¿De qué sirve replicarme?

TRISTÁN. ¿Has de quedar solo aquí?

REY. Nunca un rey puede quedarse

solo, y yo soy muchos reyes,

y cada rey tiene un ángel.

Vete.

TRISTÁN. ¿Aquí detrás, señor,

desta esquina?

REY. No me canses,

¿soy don Pedro el Bravo, ó quién?

TRISTÁN. En los monasterios tañen

y deben de ser las doce,

¿dónde mandas que te aguarde?

REY. Sean las ciento, majadero,

ni me sigas, ni acompañes.

TRISTÁN. Esto es amor.

REY. Sí es amor.

vete á acostar que ya es tarde;

y hazme mañana un soneto

en que ese amor me declares.

TRISTÁN. Ya me voy. *(Vase.)*

ESCENA XXI

El REY y el CONDESTABLE.

REY. *(Gente hay aquí.)*

CONDEST. ¿Quién va?

REY. Un hombre.

REY. En esta calle

no hay más hombre que yo.

CONDEST. Y yo,

que de todas pienso echalle.

REY. Saque la espada.

CONDEST. ¿Señor...

REY. ¿Quién eres?

CONDEST. El Condestable.

REY. ¿Pues, en qué me conociste?

CONDEST. No sólo en la voz y el talle,

sino en el sacar la espada,

que la postura y buen aire

debéis al primer maestro,

que es el que tenéis delante.

REY. ¿Qué hacéis aquí?

CONDEST. Vine á ver

á mi sobrina.

REY. Tratadme

verdad, que no se entra en casa

de mujeres principales

á visitar con rodela,

sino en las que son infames.

CONDEST. Señor, vine á ver si andaban

por esta calle galanes,

en ausencia de don Vasco.

REY. ¿Fué celo de vuestra sangre,

ó fueron celos del Conde?

CONDEST. Celo, y no celos me traen;

que, como Blanca es hermosa,

y hay muchos necios amantes,

no dan honra, ausente el Conde.

REY. ¿Quién por mi vida? nombralde.

CONDEST. Roberto, hermano del rey

de Polonia.

REY. Aquesta tarde

tuve cartas de su hermano

con mil desengaños, tales,

que por el menor me dice

que de Roberto me guarde.

El es un traidor al fin,

mañana haré despachalle

y saldrá de Portugal;

idos á acostar que es tarde,

que yo guardaré estas puertas.

CONDEST. Permitid que os acompañe.

REY. Idos con Dios.

CONDEST. Señor...

REY. Basta:

no me enojéis Condestable.

CONDEST. *(Ap.)* No era sin razón la pena

que tenía de ausentarse

el Conde, el Rey sirve á Blanca,

y enviarle á los Algarves

no ha sido sino ocasión.

¡Ah, cielos! quiero dejarle;

que no tiene condición

para que se atreva nadie

á contradecir su gusto;

y pues que Blanca no sale,

debe de estar inocente.

REY. Condestable, Condestable.
 CONDEST. Señor.
 REY. ¿Murmuráis por dicha,
 que yo guarde aquesta calle?
 ¿Vais celoso?
 CONDEST. ¿Yo, señor?
 Pues ¿yo soy tan ignorante,
 que del señor soberano
 que honor á todos reparte,
 presumiese que le quita
 á vasallos tan leales?
 REY. Id con Dios.
 CONDEST. Guárdeos el cielo.
 (Vase el Condestable.)
 REY. Cosa que este imaginase,
 que soy hombre, aunque soy Rey.

ESCENA XXII

El REY retirado, y salen ROBERTO y OTAVIO con los
 broqueles.

ROBERTO. Vete, Otavio, y no me aguardes.
 OTAVIO. Hasta que salgas, no es justo
 que desta esquina me aparte.
 ROBERTO. Vete; no entienda que alguno
 nuestro amor secreto sabe.
 OTAVIO. Bien dices, pues no hay peligro.
 (Vase.)
 ROBERTO. No sé si espere ó si llame,
 la calle está sola, allí
 se divisa un bulto grande,
 ¿si es hombre ó es sombra? Voy...
 mas no, que las puertas abren.
 (Safe Elena á la puerta.)

ESCENA XXIII

ELENA, ROBERTO y el REY retirado.

ELENA. Pasé la puerta sin verme,
 que ha sido dicha notable;
 y entrando en casa del Conde,
 con la prevenida llave
 he abierto el postigo. ¡Ay cielos,
 qué temores me combaten!
 Allí está un hombre, ¿si es éll
 ROBERTO. Hermosa Blanca, ¿tú sales
 á abrirme?
 ELENA. No hables palabra:
 entra y sígueme.
 ROBERTO. Pues hable
 amor por mí.
 ELENA. En el jardín
 podrás con espacio hablarme.
 (Vanse los dos.)

ESCENA XXIV

El REY.

¿A dónde podrá haber honor seguro
 si faltó en esta casa, airados cielos?
 ¿Qué palabra, qué fe, qué fuerte muro,
 qué obligación, qué argólicos desvelos,

qué principios de amor honesto y puro,
 qué respetos, qué méritos, qué celos
 guardan á una mujer? ¡Ah, Blanca infame,
 que así mereces tú que un rey te llame.
 Vasco de Acuña se ha partido apenas
 y ya el honor le quitas; pues advierte
 que lavará la sangre de tus venas,
 su noble honor con tu violenta muerte.
 Cuanto se deben estimar las buenas,
 tu ejemplo, tu malicia nos advierte;
 y es de manera, Blanca, tu malicia,
 que envía Dios un rey á hacer justicia.

(Saca dos llaves.)
 Pues yo la haré de ti; maestras llaves,
 ¿cual hará de vosotras? esta pruebo;
 no entra, ¡qué desdicha! Honor, pues sabes
 haz una llave y un milagro nuevo.
 Esta quiero probar; hierro, si cabes,
 con mil diamantes guarnecerte debo;
 entró, la vuelta dió, y queda abierto;
 que entrase en el jardín dijo á Roberto.
 (Entra, y salen Vasco y Tello)

ESCENA XXV

D. VASCO y TELLO.

VASCO. No vengo á entrar, sino á ver,
 para descansar con esto.
 TELLO. De cualquiera suerte, Conde,
 ha sido notable yerro.
 Mas ya que la gente dejás
 en ese lugar primero,
 por venir á ver tu casa,
 di que es amor y entra dentro;
 mi señora pensará
 que es fineza, que no celos.
 VASCO. No pensará, que me ha visto
 lleno de amor y de miedo:
 estémonos en la calle
 hasta que el alba del cielo
 nos eche, como á la noche,
 hasta los polos opuestos.
 TELLO. ¿De manera, que has venido
 por unos celos tan ciegos,
 desde marido á galán?

ESCENA XXVI

Dichos y el REY.

(Sale el Rey y cierra con llave, y vase
 apriesa.)

VASCO. Espera, Tello, ¿qué es esto?
 ¡Hombre sale de mi casa
 y la vuelve á cerrar!
 TELLO. Quedo.
 ¡Vive Dios, que de ella sale;
 y qué apriesa!
 VASCO. ¡Ah, caballero!
 ¡ah, caballero! ¿á quién digo?
 TELLO. Hombre ó diablo.
 REY. Teneos.
 VASCO. ¿Cómo tener?
 REY. ¿Es don Vasco?
 VASCO. ¿Es el Rey, mi señor? ¡Cielos!
 ¿vos en mi casa, señor?

REY. Yo te obligo y no te ofendo;
 á guardar vine tu calle;
 en tu casa entró Roberto;
 entré y matéle.
 VASCO. Señor,
 como quien sois habéis hecho.
 ¿Hablabas con Blanca?
 REY. Sí.
 VASCO. ¿Y qué hay de ella?
 REY. Que la he muerto,
 y juntos en un estanque
 los eché por más secreto.
 Volveos á llevar la gente;
 que yo para todo quedo,
 como Rey y como amigo.
 Don Vasco, vos sois discreto:
 no os han de quitar la honra
 mientras vos me estáis sirviendo.
 El rey soy don Pedro el Bravo,
 y aquí soy el justiciero;
 no entréis aquí, no entréis, Conde,
 que no es acción de hombre cuerdo;
 si algo se os ofrece, hablad.
 VASCO. Señor, quisiera y no puedo;
 ¿que es muerta Blanca?
 REY. Ya es muerta.
 Volveos, Conde, volveos luego,
 que no me iré sin que os vais.
 VASCO. Mi señor, ya os obedezco:
 ¡El Rey, Tello!, mata un hombre
 en mi casa!
 TELLO. No me atrevo
 á decir que este cuidado
 nació de amor y de celos,
 pero matar la condesa
 ¿no pudiera ser por ello?
 Esto la sospecha quita.
 VASCO. No el dolor, ¡ay Tello!, hoy muero;
 hoy perdí vida y honor;
 vamos de aquí, que en saliendo
 al campo, quiero dar voces.
 (Vanse el Conde y Tello.)

ESCENA XXVII

El REY.

REY. ¡Cual va el pobre caballero!
 Lástima me dá, por Dios;
 y la que de Blanca tengo
 me va traspasando el alma;
 pésame de habella muerto.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY DON PEDRO, TRISTÁN DE SILVA, y muchos.

REY. No quede ninguno aquí.
 TRISTÁN. Ya, señor, todos se van.
 REY. Oye mi pena, Tristán,
 y ten lástima de mí.
 TRISTÁN. De manera estás, señor,
 que la que tengo es de suerte,

que no me diera la muerte
 más pena, ni más dolor.
 REY. ¿Tú puesto en tan gran cuidado?
 Nunca tan grande ocasión
 la desdicha y la razón
 á ningún hombre le han dado.
 Tres días ha que estoy así,
 desde aquella noche triste
 que me dejaste y te fuiste.
 TRISTÁN. Dios sabe que lo sentí.
 Parece que adivinaba
 algún trágico suceso.
 REY. Que he perdido te confieso
 lo que yo más estimaba,
 que es aquella natural
 braveza con que nació.
 TRISTÁN. ¿Viste alguna cosa?
 REY. Vi
 la causa de tanto mal.
 Vi entrar, Tristán, á Roberto
 en casa del Conde.
 TRISTÁN. ¿En casa
 del Conde un hombre?
 REY. Esto pasa.
 TRISTÁN. ¡Espantoso desconcierto!
 REY. Pruebo las llaves, abrió
 una: tan propia y igual
 vino; que para hacer mal,
 ¿qué llave jamás faltó?
 Entró al jardín, hallo en él,
 sobre la arena sentados,
 á los dos, bien descuidados
 de su fortuna cruel.
 Luego en viéndome Roberto
 se puso en pie, y animoso
 sacó la espada; furioso,
 le arremeto descubierto,
 donde de dos estocadas
 midió la tierra.
 TRISTÁN. ¿Pues quién
 estaba con él?
 REY. ¿Que quien...?
 TRISTÁN. ¿O de nombrarle te enfadas,
 ó lo dejas por olvido?
 REY. ¿Que era Blanca es menester
 referirte?
 TRISTÁN. ¿En tal mujer
 tal infamia?
 REY. Amor ha sido.
 Amor que tantas afrentas
 ha hecho; pues tiene amor
 tantos hombres sin honor
 y tantas camas sangrientas,
 cuantas estrellas el cielo,
 cuantas arenas el mar.
 Blanca, en viéndole matar
 vino desmayada al suelo,
 póngola en los brazos; voy
 á un estanque, en que el desmayo
 templó con agua.
 TRISTÁN. ¡Qué rayo;
 qué castigo!
 REY. Yo lo soy.
 TRISTÁN. ¡Buena manera de echar
 agua á quien se desmayó!
 REY. Sobre su arena quedó,
 y en ese mismo lugar

- Roberto, que no era bien que dejasen de estar juntos.
- TRISTÁN. Bien es que lo estén difuntos. Ninguna pena te den: sólo me la causa á mi que aquesto se ha de saber.
- REY. ¿Qué puede el Conde perder si yo por su honor volví?
- TRISTÁN. ¿Qué puede el Conde ganar? Él morirá de dolor.
- REY. Yo le dare más honor que le pudieron quitar. Quiérole dar á Isabel, mi hermana.
- TRISTÁN. Mil veces beso tus pies por él.
- REY. No es exceso, pues hay méritos en él. Escríbele que en volviendo de la guerra, será suya Isabel.
- TRISTÁN. La fama tuya, mil Alejandros venciendo, en las puntas de las alas alcanzará los dos polos.
- REY. Parte.
- TRISTÁN. De tus hechos solos con que cielo y tierra iguales, quedaran tantas memorias con esta piadosa hazaña que las historias de España cuenten eternas tus glorias. (Vase.)

ESCENA II

El REY.

Después que la infeliz estrella y astro con que nació mi amor, el blanco velo quiso que viesse, como rosa en hielo, teñida en sangre á doña Inés de Castro, y un angel retratado en alabastro pedir venganza á mi abrasado celo, que discurrió la tierra como el cielo de cometa veloz fogoso rastro, nunca tuve más penas, ni mayores asombros, aunque puede la conciencia mejor asegurarme la disculpa; que á doña Inés matáronla traidores, á Blanca un Rey, con esta diferencia: culpada Blanca, y doña Inés sin culpa.

ESCENA III

El REY y sale DON PEDRO.

- D. PEDR. (Su pena y tristeza admira; fuego por los ojos vierte.)
- REY. ¿Qué hay D. Pedro?
- D. PEDR. Viene á verte la condesa de Ademira.
- REY. ¿Qué condesa, estáis en vos?
- D. PEDR. Doña Blanca de Mendoza, que el premio de Venus goza en hermosura, por Dios, al gusto de cuantos ven su talle y su bizarría.

- (Lisonjealle querría, que sé que la quiere bien.)
- REY. Idos luego noramala.
- D. PEDR. ¿Pues en qué puede ofenderte el decir que viene á verte?
- REY. Despejad luego la sala.
- D. PEDR. Señor, yo se lo diré.
- REY. ¿Qué le diréis majadero?
- D. PEDR. Tu enojo, porque no quiero que piensen que no te hablé.
- (Vase Don Pedro.)

ESCENA IV

El REY.

Sombras vienen á turbarme, ya en mi casa se parecen; si á mis criados se ofrecen no será justo enojarme, ni yo perder el valor donde jamás hubo miedo.

ESCENA V

El REY y MACEDO.

- MACEDO. Yo lo diré.
- REY. ¿Qué hay, Macedo?
- MACEDO. Aquí está Blanca, señor, que dice que os quiere hablar.
- REY. Pues hacelde la cruz vos: id con Dios, ¡Válgame Dios! ¿si me quiere encomendar su alma?
- MACEDO. (No me ha entendido.) Digo, señor, que está aquí la condesa Blanca.
- REY. ¡Ah! ¿si? algo estaba divertido. (¿Qué haré, que aquesto es verdad? ¿no soy yo D. Pedro el Bravo? ¿pues de qué valor me alabo?) Macedo.
- MACEDO. Señor. Llamad á algunos que entren con ella, por honra suya y del Conde. (Esto á mi valor responde, ó mi valor atropella.) ¡Ola!, no venga ninguno: entre sola.
- MACEDO. Así vendrá. (Vase.)
- REY. Mi espada conmigo está: ven espíritu importuno en sombra, ó como quisieres.

ESCENA VI

El REY y sale BLANCA, vestida de negro.

- BLANCA. Deme, señor, vuestra alteza la mano.
- REY. ¡Oh muerta belleza! ¿qué me asombros, qué me quieres?
- BLANCA. A hablaros vengo, señor; que yo no vengo á asombraros.

- REY. (Nunca oí que á cielos claros diesen las sombras temor. ¿Si me engañé, si soñé? No, que yo truje la espada con sangre. ¿Es viva, ó formada del aire Blanca? ¿qué haré? pero ¿soy D. Pedro ó quién? Sea quien fuere.) Aquí os sentad, Blanca.

BLANCA. Señor. Acabad, sentarome yo también. (Siéntense.)

BLANCA. En la merced recibida á D. Vasco estáis honrando.

REY. (La ropa le estoy tentando por ver si es cosa fingida.)

BLANCA. Pedro generoso, lusitano Pedro, cuya vida guarde mil años el cielo.

Príncipe famoso, cuyos altos hechos dan gloria á tu nombre, dan fama á tu reino.

Por tu gusto y mando fué mi casamiento, y aunque gusto tu yo fué mío el deseo.

Honra dió á mi casa y alto nacimiento, don Vasco de Acuña y Portocarrero.

Don Vasco á quien yo amaba en extremo, que bien me disculpan sus merecimientos.

Apenas mis ojos de sus brazos vieron de incierta esperanza desengaños ciertos, apenas le tuve sólo un mes en ellos, que celos injustos quitáronme el miedo.

cuando á los Algarves con quien se alza Héctor, enviaste al Conde y su ausencia siento.

Lloré, soy mujer, porque no tenemos en nuestras tristezas más fuerte consuelo.

Fué el Conde á servirte, las galas cubrieron el luto del alma y el temor del pecho.

Las auras y plumas llevaban trofeos, penas los sentidos, los cuidados celos. Quedé temerosa;

que han hecho concierto de andar siempre juntos el amor y el miedo.

Esa misma noche un pesado sueño me ha puesto en cuidado,

aunque no lo creo. Soñé que miraba á mi esposo muerto, sangrienta la cara y el arnés deshecho: vi con hachas blancas cuatro bultos negros que estaban velando en torno del cuerpo.

Desperté llorando, di voces, vinieron todas mis criadas; conté mi suceso.

Dije que á mi prima me llamasen luego; no parece Elena, faltóme el consuelo.

O se me ha negado por ciertos respetos, ó porque la riño, que quiere á Roberto; Roberto Vator, aquel extranjero traidor á su hermano, tirano á su reino.

Con estas tristezas de que estoy muriendo, saliendo á un jardín sus calles paseo.

Cerca de unas yedras todo el verde suelo con asombro miro de sangre cubierto.

Quédome suspensa, convertida en hielo, con ir destocado rizóse el cabello.

Desde allí á un estanque la hierba teñendo sangre voy pisando, temerosa vuelvo.

Con estas congojas á pediros vengo, Pedro generoso, que me deis remedio.

Dice el Condestable que no está tan viejo que no lleve el cargo de prender á Héctor.

Si le dais licencia partiráse luego; volverá mi esposo, dejaránme sueños.

Que aunque los enojos de don Vasco temo, de mis brazos fio aplacalle presto.

Blanca, mucho me ha pesado y más de lo que pensáis, puesto que tan triste estáis de la causa que os he dado.

Levantad, que si culpado he sido en dalle el bastón, fué por honrar su opinión, no por haceros pesar, que bien lo vengo á pagar y con mayor confusión.

REY.

Blanca, mucho me ha pesado y más de lo que pensáis, puesto que tan triste estáis de la causa que os he dado. Levantad, que si culpado he sido en dalle el bastón, fué por honrar su opinión, no por haceros pesar, que bien lo vengo á pagar y con mayor confusión.

BLANCA. ¿Adónde está el Condestable?
REY. Conmigo vino, señor.
Entre.

ESCENA VII

DICHOS, y sale el CONDESTABLE.

CONDEST. De tu gran valor
la fama en mármoles hable
eternamente admirable.

REY. Id al ejército luego
y decid, que yo le ruego
el Conde os dé su lugar.

CONDEST. Los pies te vuelvo á besar.
REY. ¡Que estuviese yo tan ciego!

Id, Blanca, con vuestro tío,
id con Dios.

BLANCA. Deme la mano
tu alteza. (Vanse.)

REY. ¿El engaño es llano,
en qué dudo; en qué porfío?
¡que notable desvarío!
Maté á Roberto y á Elena;
la casa del Conde llena
de sangre y de deshonor
dejó mi loco furor:
¡qué desengaño y qué penal
¿Qué haré? ¿cómo le diré
el suceso y el engaño?
Pero pues no es tanto el daño
como yo lo imaginé,
por disculpa le daré
su honor; ó si está culpada
Blanca, con su misma espada,
la puede matar cruel,
que yo le daré á Isabel,
menos moza y más honrada. (Vase.)

ESCENA VIII

Tocan cajas, y sale DON VASCO y DUARTE DE ALMEIDA, capitán, y TELLO, y todos los que pudieren de soldados.

DUARTE.

Mucho ofende, señor, vuestra tristeza
á todo vuestro ejército, y es cosa
que pone en nuestros ánimos flaqueza;
si miran al amor de vuestra esposa,
de un soldado se espantan que ha tenido
á sus pies la fortuna valerosa.
Si advierten al enojo recibido
del Rey, que os desterró de vuestra casa,
¿cómo vuestro valor padece olvido?
Bien dicen que el soldado que se casa,
cuelga las armas ese mismo día,
aunque á guerra mayor, de menor pasa.
Mal hace, el rey don Pedro que os envía
forzado á pelear contra una gente
que con desesperado error porfia.

VASCO.

Duarte de Almeida, capitán valiente,
no nace mi tristeza de las cosas
que vuestro pecho advierte, justamente
besé del Rey las manos generosas

por la merced deste valor y tengo
esposa que me dió, pero no esposas.
Con mucho gusto á su servicio vengo:
cuando vuelva sabréis en qué ocasiones,
no triste, divertido me entretengo.
No desmayéis los fuertes corazones
que vais á castigar rebeldes viles,
más diestros que en las armas, en traiciones.

DUARTE.

Pues Conde, ¿será justo que aniquiles
con tu pena el valor de tus soldados?

VASCO.

Triste, Duarte, estaba en Troya Aquiles:
mas no por oprimille sus cuidados
dejó de ser un Marte victorioso,
y los trofeos de Héctor arrastrados,
y el cuerpo de su carro polvoroso,
triunfó á la vista de la teucra gente,
que lloraba del caso lastimoso.
La nuestra recoged, que brevemente
me daréis parabién de la vitoria.

DUARTE.

Guárdete el cielo y tu valor aumente.
(Vase Duarte de Almeida.)

ESCENA IX

DON VASCO y TELLO.

TELLO.

¿Es posible que pueda la memoria
de una mujer que te ofendió, quitarte
de tus empresas la corona y gloria?
¿Que llegue á hablar tan bárbaro Duarte,
que oscurezca tu honor con tu flaqueza?
¿Qué olvido es éste, lusitano Marte?

VASCO.

Alma divina, celestial belleza,
que pisando los orbes estrellados,
dejas la mía en tan mortal tristeza,
mira desde ese alcázar mis cuidados.
¿Pero cómo podrás, sol de mi vida,
si ya tienes los rayos eclipsados?
¡Maldiga Dios la bárbara homicida
mano que te mató!

TELLO.

¿Qué dices, Conde?

VASCO.

¡Que en agua mató el Rey mi luz querida!
¿No has visto, Tello, el sol cuando se esconde,
que se entra por el mar? Pues desafortunada
se puso Blanca en agua y no responde.
¡Que la echó en el estanque!

TELLO.

Conde, advierte...

VASCO.

¿Qué tengo de advertir, cuando piadosas
lágrimas debo, á su temprana muerte?

Como ponen de flores olorosas
en agua un ramillete, puso á Blanca,
ella azucena y las mejillas rosas.
El alma de pensallo se me arranca.

TELLO.

Vuelve, señor, en ti.

VASCO.

Con el desmayo,
Blanca estaría como nieve blanca.
Dicen, Tello, que muere en agua el rayo;
así murió mi bien. ¿Cómo caería
de los brazos del Rey?

TELLO.

¿Cómo? al soslayo.

VASCO.

¡Oh, quién te viera, hermosa Blanca mía!
¿No has visto imagen, Tello, en vidriera?
pues tal en el cristal aparecía.
Pero cómo me olvido que esta fiera
mi noble honor...

TELLO.

Peor está que estaba.

VASCO.

Bajó del sol v aun más sublime esfera.
¿Hay tal maldad? ¡Que á un extranjero amaba!
¡Que le llamó la noche de mi ausencia,
y que en mi casa, en el jardín le hablaba!
¡Bien haya el Rey, bien haya la inclemencia
que en agua sepultó su vida infame!
Lavó mi honor: ¡qué buena diligencia!
Yo haré que toda el agua se derrame
en volviendo á Lisboa; que no quiero
que estando cerca del traidor me infame;
y aun otra vez matar á Blanca espero.

TELLO.

Ya cuando vuelvas se habrá vuelto rana.
(Perdió el sentido: ¡ah, pobre caballero!)

VASCO.

Bien dices: Filomena por su hermana
se volvió rui señor, y tiernamente
la llora dolorosa en voz humana.
Esta que fué traidora justamente
quedará convertida en pez tan fiero.

TELLO.

Toma el bastón, señor, que viene gente.
Ten lástima á tu honor.

VASCO.

Vencerme quiero.

ESCENA X

DICHOS y sale NUÑO PEREIRA.

NUÑO. Aquí dicen que está el Conde.
TELLO. Aquí está Nuño Pereira,
señor, que viene á buscarte.

¹ Así en el original, Hartzzenbusch corrigió acertadamente aparecería.

NUÑO. Dame, valor de la guerra,
mil veces los pies.

VASCO. ¡Oh, Nuño!
¿cómo es posible que vengas
tan alegre de mi casa?

NUÑO. Mi señora la Condesa
me envía á saber de ti.

TELLO. ¡Oh, qué gentil borrachera!
VASCO. ¿Qué Condesa?

NUÑO. Mi señora.
TELLO. (¿Mi señora, y está muerta?)
Por Dios, Nuño, que sospecho
que habéis cargado en la venta.
Yo no os entiendo á los dos.

NUÑO. ¿Pues quién quieres que te entienda?

TELLO. ¿Qué se dice por Lisboa?
VASCO. dílo; no tengas vergüenza
de mi honor.

NUÑO. ¿Pues qué has perdido,
cuando comienzas la guerra?
Aquesta carta me dió;
recíbesme con tristeza,
y no entiendo lo que dices.

VASCO. ¿Blanca?

NUÑO. ¿Pues quién?

TELLO. Otra es esta.
VASCO. Mira lo que dices, Nuño.
(Abre y lee la carta.)

TELLO. Nuño, (el corazón me tiembla;
del otro mundo, sin duda,
debe de ser estafeta.)
¿Qué hay, Nuño, en el otro mundo?
¿Cómo los amigos quedan
que pasaron desta vida?

¿De qué manera atormentan
á envidiosos, á testigos
falsos, á gente que lleva
por mil reales siete mil;
á ingratos que no se acuerdan
de los bienes recibidos,
á gente necia y soberbia?
¿Cómo pena un bellacón
que hace un pleito de espera
por no pagar á quien debe
con escrituras supuestas?
¿A un hipócrita vicioso
que anda de iglesia en iglesia,
agazapado á lo santo,
en qué sartenes le queman?
¿Estás loco?

NUÑO.

TELLO. Eso á mi amo,
que está leyendo la letra
que aquella carta sin alma,
que tiene...

VASCO. Légate cerca,
mira esta letra.

TELLO. Señor,
no me mandes que la lea.
VASCO. Llega, bestia, ¿no es de Blanca?
TELLO. Sí, señor.

VASCO. Oye.

TELLO. Comienza.
(Lee Vasco.) «Tan desosegada estoy,
después que os fuistes, señor mío y
todo mi bien, que he suplicado á su
alteza envíe en vuestro lugar á los
Algarves otra persona. Pienso que